¿México en bancarrota?

¿Está México en bancarrota? Ante declaraciones y opiniones encontradas, parece conveniente reflexionar sobre la situación del país. Sobre las finanzas públicas, sobre la herencia que deja la administración de Peña Nieto y sobre los retos de la siguiente administración, sin importar quien hubiere llegado a la presidencia.

1. En bancarrota estuvimos, si así desean calificarlo, al final del periodo de López Portillo y también al final del periodo de Salinas. Los errores de política y de política económica y monetaria son evidentes. Un tipo de cambio fijo o cuasi fijo, un desorden fiscal, una expansión excesiva de gasto y monetaria y en el último caso, una expansión excesiva, adicional, del crédito bancario. La absorción de un país -la suma del consumo más la inversión-, aumenta indudablemente con el incremento del gasto público o del crédito otorgado. Y la absorción creciente con un tipo de cambio fijo incrementa el déficit en la cuenta corriente e invariablemente, reduce las reservas internacionales, lo que está bien documentado por nuestra historia y bien explicado por el enfoque monetario de la balanza de pagos. Tanto en 1982, como en 1994 los déficits en cuenta corriente eran superiores a 6 por ciento del PIB y evidentemente, con un tipo de cambio fijo, desaparecieron las reservas internacionales. En ambos casos era imposible cumplir con los pagos de nuestra deuda, lo que nos llevó a negociar la deuda que teníamos con el exterior o en moneda extranjera. Problemas de liquidez y de solvencia. ¿En bancarrota en esas dos ocasiones? Sí, si queremos usar el calificativo.
2. ¿Y hoy?, También en bancarrota? Pongamos los puntos sobre las íes.

En noviembre termina un sexenio de enorme desorden fiscal. De nuevo nos encontramos con los efectos típicos de una política expansiva, sin resultados en el crecimiento, con más pobres en el país, sin haber reducido la desigualdad, con más inseguridad, un estado de derecho deteriorado, más corrupción y con un mínimo de inversión pública. Una inversión pública raquítica frente a la brutal colocación de deuda, que en todo caso podía haber sido la única justificación del endeudamiento. Las cifras están ahí, es ocioso repetirlas. No podemos defender lo indefendible. La deuda externa se duplicó como porcentaje del PIB y la deuda total se incrementó en 25%, pasamos de alrededor de 40 por ciento del PIB, como saldo histórico, a 50% del PIB. Sin esconder pasivos, lo incluye la deuda de estados y municipios, que al final también son deuda pública. El cálculo del Fondo Monetario Internacional es de 54%. Y eso a pesar de que se transfirieron en tres ocasiones remanentes de operación del Banco de México por un total de casi 600 mil millones de pesos, del 2015 al 2017, remanentes que no existían como flujo, provenientes de utilidades no realizadas, temporales, que con la apreciación del peso, desaparecieron del balance del instituto central. El Banco de México se endeudó para para poder entregar ese dinero a Hacienda, y evitar los efectos de esa monetización.

Dado el alto endeudamiento y la falta de disciplina que tuvimos al reducirse el precio del petróleo, se redujo de manera importante la tenencia de valores gubernamentales en manos de extranjeros e inevitablemente tuvimos una depreciación de más de al menos 60% de nuestra moneda en estos 6 años, lo que tuvo indudablemente un impacto en los precios internos. Así, también se provocó una inflación que ha deteriorado el poder adquisitivo de nuestra población, la encuesta de ingreso gasto de los hogares que se realiza en estas semanas nos mostrará como se incrementó aún mas la pobreza por la inflación del 2017, el índice de la canasta básica en ese año se incrementó 9.8%, esto es equivalente a decir que desapareció el 10% del ingreso de la población. Más carencias.

Por supuesto, las tres calificadoras nos pusieron, me parece que tardíamente, en perspectiva negativa, y luego, en estable por el truco de los remanentes del Banco de México.

1. Hoy tenemos inflación, una deuda que está en el límite de la capacidad de México, el pago de intereses pasó de ser 7% del presupuesto a 13%, y no hubo inversión. La administración de Peña Nieto fue desastrosa. Los puntos sobre las íes, sin eufemismos.
2. No estamos en bancarrota, pero sí, nuestra estabilidad macroeconómica es frágil y ni siquiera una política monetaria responsable pudo compensar una política fiscal desordenada. Nuestro BANXICO nos es el súper banco central. No puede serlo, la política fiscal es la principal responsable de la estabilidad macroeconómica.
3. Diferenciemos. Cuando el nuevo equipo y el presidente electo descubren la realidad de la deuda, la situación macro y la dificultad para reducir la tasa de interes, se podría entender el origen de la expresión sobre la bancarrota. Si además recordamos que a 38.5% de las personas que sí tienen un empleo y un sueldo, este no les alcanza para la canasta alimenticia, la expresión de la bancarrota también se entiende mejor. Que nuestra preocupación por la estabilidad macro y las finanzas públicas, que es una propuesta válida, sobre todo para los pobres, no sea una defensa de Peña Nieto. Es indefendible y son temas diferentes.

No confundamos.